



RICARDO ABARCA

BONVALLET: LOS ÚLTIMOS DÍAS

A 30 días de su muerte, “Sábado” reconstruyó con sus cercanos los últimos dos meses de vida del comentarista deportivo. Muy solo, inconsistente en los tratamientos, aislado de sus afectos, Bonvallet esquivó la tragedia varias veces antes de ese fatídico 18 de septiembre.

POR RODRIGO FLUXÁ Y ANDREW CHERNIN

A Eduardo Bonvallet se le estaban cayendo los dientes. No uno, no dos, no tres; todos. Casi tres años de quimioterapia —por un cáncer gástrico que le detectaron en 2011— habían acabado con lo que fue, por años, un gran orgullo: una sonrisa blanca, trabajada en una consulta.

Pese a la vergüenza que le provocaba el tema, lo contó a sus dos hermanos, a sus compañeros de la radio y a sus amigos. Se lo dijo también a Jean Pierre, su hijo mayor, en la terraza de hotel Oceanic de Viña del Mar, con un pisco sour en la mano y una parka North Face negra. “Estaba cansado de eso”, recuerda su hijo. “En su mente no quería verse como un viejo derrotado, sin dientes”.

Era la tercera semana de julio. Se había tomado unos días de vacaciones tras la Copa América. El torneo le había dado una gran alegría, pero, como todas, le dejó un sentimiento de vacío posterior: se había cumplido lo que él había deseado tanto tiempo. En su cabeza, según su hijo, le sonó a misión cumplida.

A Jean Pierre le habló varias veces de la muerte, en la terraza. “Me repetía: cuando yo ya no esté, cuando no esté... Me dijo que tenía que hacerles saber a los hombres de la familia lo que era llevar el apellido Bonvallet, que había que cuidarlo”.

Ambos nunca más se volverían a ver.

Ese viaje fue de los últimos momentos de paz plena de Bonvallet. Fue a Viña del Mar con los tres hijos menores de su último matrimonio, de entre 5 y 10 años, en plan de vacaciones de invierno. Llevaba casi un año sin verlos. En septiembre de 2014 se había separado de María Victoria Laymuns, su tercera mujer. Dejó la casa en Los Trapenses para instalarse en el hotel Los Nogales, mismo edificio donde estaba la ra-

dio La Clave, su lugar de trabajo. Su amigo y dueño de la emisora, Miguel Nasur, le pasó, sin costo, la habitación 213, una especie de suite presidencial: era un departamento amoblado, el más caro del edificio. “Se suponía que era por unos días, pero se fue alargando”, dice Nasur.

La vida entera de Bonvallet ocurría en ese edificio, subiendo del piso dos al siete a trabajar. “Se despertaba a las 4:30 a escribir ideas. Se duchaba, bajaba a la bencinera para comprar unos Marlboro, dos Red Bulls y un Gatorade”, dice Joaquín Iturrar, editor general de la radio.

A las 7:30 comenzaba su primer programa, una especie de soliloquio sobre su vida, sin ningún esquema preestablecido y con Cristián Peñailillo, su compañero hace más de 20 años, en el locutorio. A las 9:00, tras terminar, se tomaba un ansiolítico para intentar dormir. Comía solo galletas blandas, por los dientes. A las 13:30 entraba de nuevo, para el segundo programa, más futbolístico. Y después se volvía a encerrar en la habitación. Pasaba horas enteras respondiendo mensajes que llegaban de sus oyentes. “Se concentraba especialmente en las historias tristes. Gente con depresión, algunos minusválidos, gente separada. Tenía casi un horario de atención”, dice Peñailillo.

Se había puesto la Navidad pasada como fecha tope para volver a su casa. Ese día, de hecho, lo pasó con su familia, pero solo como invitado. El año nuevo lo pasó solo, pero siempre pendiente de ellos. “Creo que yo sufrí más al comienzo. Él como que no se convencía de que habíamos terminado totalmente. Teníamos buena relación; venía los sábados, sacaba a los hijos. Los problemas fueron solo al final”, dice María Victoria Laymuns.

Relación sin vuelta

En agosto, tras el viaje a Viña del Mar, dos episodios comenzaron a desestabilizarlo, relatan sus amigos. El primero ocurrió el segundo fin de semana del mes. Su ex mujer viajó junto con un grupo a Mendoza. Ella cuenta que era un paso natural; llevaba soltera casi un año, quería rei-

niciar su vida amorosa como, tenía entendido ella, lo había hecho su ex esposo: Bonvallet era muy coqueto, jamás le faltaron mujeres. Él, a través de un amigo detective, se enteró del viaje; la llamó, de hecho, con la hora exacta en que pasó por policía internacional. Fue una pelea inmensa; en términos durísimos. “Le pegó en el ego; recién ahí se dio cuenta de que esa situación no tenía vuelta. Empezó la guerra”, cuenta un amigo.

En el programa del 14 de agosto, Bonvallet contó la historia de un oyente que le escribía a las 5:00 am, desde hace seis meses. Se trataba de un camionero. Su señora lo engañaba, lo había echado de la casa. Bonvallet le decía que había otros peces en el mar. Pero el camionero se quería suicidar. Bonvallet, al aire, lo aporillaba. “Me ha contado toda su vida y es puro llanto. Es bipolar. Es tonto, tonto. Anda con la sogá, con la pistola, anda con todo listo”.

El viernes siguiente, el 20 de agosto, Bonvallet fue a la casa de Los Trapenses a las diez de la noche para ver a sus hijos. Su ex esposa no estaba, los cuidaba su suegra, que no quiso dejarlo entrar; lo encontró muy alterado, fuera de sí. La negativa lo molestó aún más. Como les dijo a sus amigos después, no podía creer que le negaran el acceso a la casa que era su proyecto de vida, que aún estaba pagando. Llamó a Carabineros, que tuvo que hablar por teléfono con su ex mujer para buscar un arreglo. Acordaron que podría entrar unos minutos para ver a sus hijos, que ya estaban durmiendo; esa escena le rondó hasta el final: escoltado por un cabo para darles un beso de buenas noches a sus hijos, relata un testigo.

El lunes siguiente, el programa fue emotivo. Bonvallet contó que su hijo Yayo le había hecho un comentario importante dos días antes. “Papito, la vida es cruel” y “quiero vivir contigo, papito”. Después, Bonvallet dijo al aire que había tomado la decisión de no verlo durante muchos meses.

Bonvallet comenzó a repetirles a sus amigos de la radio un discurso en el que su señora aparecía despiadada, una mujer interesada, que le impedía el acceso a sus hijos, dicen fuentes de



El día de su muerte, Bonvallet tenía un Kino en su billetera. Nunca jugaba. En su agenda sólo tenía compromisos hasta el 30 de septiembre.



FOTOS: FRANCISCO LEÓN

Su ex mujer, la periodista María Victoria Laymuns, durante el funeral de Eduardo Bonvallet. La pareja se separó en septiembre de 2014.

“
Es falso que
Eduardo no
pudiera ver a sus
hijos. Y me ha
traído problemas,
amenazas de
sus fanáticos.
Es una cobardía
machista siquiera
insinuarlo

María Victoria Laymuns

la emisora. Evaluó soluciones drásticas. Le preguntó a Miguel Nasur si se los podía llevar a vivir al hotel. La petición era de por sí improbable; casi nadie de su familia conocía la habitación en la que llevaba viviendo diez meses. Le dejaban paquetes en la entrada.

Cristián Peñailillo también estaba pasando por una separación. Tras los programas bajaba a la habitación 213 para hablar del tema. “No se había establecido aún el régimen de visita. Era como un tira y afloja y como el Bonva no iba a bajar el moño en nada, se generaba una situación de choque de dos

caracteres que eran muy fuertes. Y los niños estaban en medio. Le afectaba mucho no poder ir a verlos. Me costó un amigo”, dice.

Daniela Bonvallet desmiente esa versión. Dice que su padre aludía a que no podía vivir con sus hijos y no a que no podía visitarlos. “Eso no era así”, asegura.

Su ex mujer es aun más enfática: “Eso es falso. Y me ha traído problemas, amenazas de sus fanáticos. Es una cobardía machista siquiera insinuarlo”, dice María Victoria Laymuns. “Fue sola esa oportunidad donde hubo problemas. Eduardo los podía ver cada vez que quisiera. ¡Si hasta los llevó a la playa!”.

Gabriel Bonvallet tiene tres años menos que su hermano. Trabaja en un banco y es anglicano. Al igual que el resto de la familia, exculpa a la mujer de Bonvallet. “Era su tercer matrimonio fallido, no era fácil ser esposa de él. Tuvieron problemas normales de una separación, nada fuera de lo común. Yo me enojé mucho con él por ese quiebre, sentí que no quiso pelear más para salvarlo. Me pidió que le organizara encuentros con pastores, con guías espirituales, pero después no llegaba. No corresponden las culpas; él tenía un vacío muy grande, desde muy chico. Yo traté de llenárselo con Jesús. Él me dijo que sabía que eso podía ayudarlo, pero implicaba muchos cambios en su estilo de vida y él no podía hacerlo”.

Medicamente, Bonvallet era

un hombre deprimido. Había, en veinte años, pasado por varios psiquiatras, tomaba medicamentos para los trastornos del ánimo. Durante su último matrimonio, consumía las pastillas regularmente, estaba bajo control. Ya en el hotel, lo hacía solo de vez en cuando.

Juan Pablo Pizarro era el controlador de sus dos programas en la radio. Se conocían hace cinco años. Pese a que Bonvallet casi lo doblaba en edad, se hizo uno de sus confidentes: “El tema de las pastillas es para la familia. Sin la familia, estás frito. Todo este tiempo estuvo solo, con nosotros, pero solo. Faltaba alguien que lo empujara: ‘compadre, tómate las pastillas’. Nosotros lo acompañábamos a comprarlas, le comprábamos de todo, pastillas azules incluso, pero hasta ahí nomás podíamos llegar. Nunca supe que dejó de tomárselas totalmente, pero es lo más probable”.

Al mes, Bonvallet, según calculan sus hijos mayores, llegó a gastar más de 200 mil pesos solo en medicamentos, incluidos los del cáncer, que ya tenía controlado. Financieramente estaba agobiado, sobre todo tras irse de su casa. Según la persona que le veía sus dineros, estaba diez cuotas atrasado en el dividendo, por un total de 23 millones de pesos. Esa misma fuente relata su situación económica: años antes ya había liquidado sus otras propiedades. Le había traspasado el BMW a su mujer. Con ella había logrado un acuerdo meses antes para aliviar su carga; venderían la casa, avaluada en 600 millones, para comprar dos propiedades más pequeñas, más acordes a lo que ganaba, pero tras las peleas de agosto, Bonvallet se negó. Decía que no iba a comprarle una casa para que viviera con otro hombre. Mensualmente, solo para mantener a su familia, gastaba casi cinco millones de pesos, que incluía las colegiaturas de sus tres hijos en el colegio Lincoln. La cifra era similar a la que ganaba en la radio. Pedía constantemente adelantos. Su sueldo se lo depositaban en cuentas de amigos, sino el banco se los descontaba inmediatamente. Sus charlas a empresas, a cargo de su hija Daniela, también se habían reducido a más de

la mitad. No se compraba cosas para él. “Le alcanzaba para ir a tomarse un café, comerse un sándwich de El Castaño. Y a veces no; era muy cíclico. Le depositaban y a las tres horas no tenía nada, por el dividendo”, dice Pizarro.

Pese a todas las preocupaciones, hasta ese punto, laboralmente cumplía sin excusas, incluso en situaciones de salud delicadas, como cuando a principios de 2015, en medio del programa, se le cayó un ojo por estrés. Era el puntal de la radio, el más rentable con los auspiciadores. Pero para finales de agosto, su comportamiento era errático: llegaba muy justo a la hora de los programas, las oscilaciones anímicas al aire eran pronunciadas y mandaba mensajes de su vida privada en las transmisiones.

En el programa de 31 de agosto fue intercalando una historia de Roberto Rojas en el Maracaná con recados para su ex mujer. “Nunca se olviden, la manipulación se llama manipulación parental, pero la mentira no dura. A toda la gente que ha sido parte de mi vida la llaman para siempre ex de Bonvallet”. Esa mañana cerró con una reflexión: “Este programa se lo dedico a dos truhanes, voy muy pero muy adelantado. Un gran abrazo y no se olviden: cuando los otros están de fiesta, yo pienso”.

“Me arrancaron el alma”

El 1 de septiembre contó que tenía una invitación para dar una charla en Ecuador. Más tarde hizo una metáfora sobre los tres caballos que habitaban en él: motor, intelecto, emoción y que el último estaba dañado. Después dijo que hace algunos años había rechazado una oferta para hacer una película de su vida, muy parecida a *Forrest Gump*, con el actor de *Tropa de élite* como protagonista y que tampoco había aceptado un proyecto de una editorial para hacer un libro. De hecho, hizo un llamado para que los mismos oyentes escribieran un libro de él, las primeras cincuenta hojas. “Es una muestra de amor; la necesito. Déjenlo en la recepción del hotel. Yo escribo el último capítulo, se va a llamar: Me arrancaron el alma”.

El 2 llegó mal. Modulaba con dificultad. Isotónica en mano, habló de su padre, un minero que trabajaba en La Disputada de Las Condes cuando él era niño y que había sufrido varios accidentes por culpa de compañeros de trabajo que llegaban ebrios. Por una de esas explosiones, su papá tenía esquirolas en una oreja. Dijo que había dormido media hora, que tenía ganas de no existir. Después relató una visión de la noche anterior: “Cuando apagué la luz del velador vi una sombra, para mí que era él. Apago y siento un descanso tremendo. A mi papá le gustaba el juego, pero a mí no. Solo dos veces dijo groserías, por eso yo soy grosero. Él era perfecto, por eso yo soy imperfecto. Pero nos amábamos. Me enseñó a tener los dientes siempre perfectos, porque cuando no se tiene dientes, un pueblo está en la pobreza. Me enseñaste a tener los zapatos bien lustrados. Muchas de mis frases son de él (...). Lo que no he podido plagiarte es ser un tan buen hombre. No me enseñaste cómo enfrentar al demonio y hoy tengo muchas ganas de no ser papá, de ser hijo en tu regazo y tocarte las orejas”.

El 3 de septiembre fue al programa *Más vale tarde*, de Álvaro Escobar, en Mega. Fue una entrevista larga. Mostraron imágenes de su mamá, Alicia, de 86 años. Ella, días antes, le dijo que se fuera a vivir con ella. Para él era impensado. Su hermana Lilian lo acompañó al set y en ese minuto no sabía bien por qué había decidido ir: Hoy lo entiende mejor; hace veinte años, tras la primera separación de su hermano, había vivido un proceso similar al que presenciaban: “Muchos no saben esta parte, pero él ya lo había intentado antes. Una vez se tiró del auto desde el San Cristóbal y pasaron unos muchachos y me avisaron. Yo lloraba. Esa vez no le pasó nada. Yo creo que en esa época le quedaban misiones por cumplir”.

Sus amigos, ex futbolistas, vivieron situaciones equivalentes en esa época: llamados de madrugada, despedidas. “Amigo, me corté, me corté, nos decía”, cuenta uno. Un integrante del cuerpo médico de club Universidad Católica tuvo que enviar una ambu-

lancia a su casa en esa oportunidad.

“Esa vez nos tiramos de cabeza para ayudarlo”, dice Gabriel, su hermano. “Yo hasta me fui a los combos con él, para que se hiciera tratamientos. Ahora estábamos más entregados. Yo no tenía las mismas fuerzas”.

Al día siguiente de la entrevista en



GABRIEL BONVALLET

Hermano menor de Bonvallet. Cree que el trastorno anímico que afectaba a su hermano venía desde la infancia.



CRISTIAN PEÑAILILLO

Compañero y amigo desde hace 20 años de Eduardo Bonvallet. Hacían dos programas diarios en Radio La Clave.

Mega no hizo el programa matinal, por falta de sueño. Sí apareció en el de la tarde. Le mejoró el humor; había leído buenos comentarios de la entrevista de la noche anterior. En general, todo lo que se decía de él lo desestabilizaba. Le costó, por ejemplo, varios días reponerse, meses antes, de su eliminación en *Vértigo*. Quedó obsesionado con Cecilia Bolocco.

Peñailillo lo acompañó a comprar ropa. “Estaba abajo unos días, de repente *pum*, para arriba. Estar frente

al micrófono en ese tiempo le hacía muy bien, pero también muy mal. Cuando hablaba de un tema álgido quedaba devastado. Esa vez me dijo, quiero verme bien”. Juntos pasaron la tarde en la Plaza Perú, se compró un traje, un pañuelo y una camisa de Brooks Brothers. Se miraba al espejo y le preguntaba a Peñailillo:

—¿Cómo me veo?

“Se hizo una tenida espectacular, hasta con pañuelo. Quería un pantalón blanco, así de canchero, pero no había de su talla. Lo cambió por un jeans”.

Los fines de semana, Bonvallet solía encerrarse a ver fútbol. Pero ese sábado decidió ir al bar El Barril, en Vitacura: el día anterior, el cantante Miguelo se lo había encontrado en La Dehesa, probablemente pagando el colegio de sus hijos, y lo invitó a ver el show de un amigo en común: Wildo. Llegó cuando el concierto estaba empezando; se ubicó a un costado del escenario. Lo hicieron subir, saludó tímido. Coincidentemente, en el público estaba Ángela Setti, su primera mujer, madre de Jean Pierre y Daniela. “Eduardo se le acercó y volvió de inmediato. Le pregunté qué pasó y me dijo que lo había mandado a la cresta”, recuerda Wildo. “Días después hablé con ella y me dijo lo que pasó. El Bonva le había dicho: tú todavía estás enamorada de mí”. Bonvallet se quedó hasta las cuatro de la mañana en la terraza conversando con Miguelo. No se mostró especialmente triste. Tomó.

Al día siguiente, llamó a su radiocontrolador, Pizarro, a las 11 de la mañana. “Me dice: ‘me siento mal’. Como que estaba entre dormido y despierto. No se le entendía mucho. Me corta de repente. Le escribí: ¿qué pasó?, pero no me contestó”.

El lunes 7 no llegó a trabajar en la mañana. Le golpearon la puerta todo el día y no quiso abrir. El martes no apareció en el locutorio. Una funcionaria de la radio se lo encontró en el ascensor. Le preguntó:

—Bonva, ¿qué onda, tu programa lo está haciendo otra persona?

Bonvallet le respondió que estaba curado. Ella le puso una mano

en el pecho, como gesto amistoso. Después se bajó del ascensor, él se quedó adentro. No apretó el botón de ningún piso.

Ese mismo día, otro de sus colaboradores en la radio bajó a verlo a su pieza. Dice que se lo encontró con las muñecas cortadas, pero consciente, llorando. Agrega que hablaba de su ex mujer. Había separado su reloj, sus colleras y un fardo de billetes. Lo hizo reaccionar, le tapó las heridas y le puso una parka para cubrirle los antebrazos. Contactaron a Miguel Nasur y le dijeron que Bonvallet necesitaba unos días libres, sin entrar en detalles. Tampoco le dijeron a la familia. La opción de internarlo ni siquiera se discutió; nadie ahí podría convencerlo, nadie le decía que no, ya lo conocían.

Nasur lo llamó esa tarde, lo invitó a su oficina de Apoquindo. “Aceptó irse a la playa acompañado. Me pedía que no me olvidara de él, ni de sus hijos”, dice el empresario.

Esa noche, de vuelta en el hotel, con Peñailillo y Juan Pablo Pizarro ya informados, comenzaron a buscar algún destino. Bonvallet sugirió Cachagua, pero se salía del presupuesto. Se decidieron por Algarrobo. Sus dos más cercanos estaban fundidos; Bonvallet los consumía a tiempo completo y ambos tenían problemas propios que atender, pero no querían dejarlo solo; él los había ayudado muchas veces antes. Su hermana Lilian: “Él sentía que aburría a todo el mundo, se sentía muy monotemático”.

El 9 de septiembre salió temprano con Pizarro a comprar unas zapatillas para poder trotar en la playa, costumbre que había perdido. “Me dijo: voy a salir de acá y voy a volver como soy yo. Voy a ser distinto. Estoy bajoneado ahora, pero voy a volver como nuevo”, dice Pizarro. En el hotel sus bolsos ya estaban armados. Llevó su mejor ropa. Incluidos dos ternos, porque quería volver a salir. Conocer gente. A las 12:30 ya iban en la carretera. Cuando Curacaví estaba en el horizonte, Bonvallet volvió a hablar; repetitivamente, sobre su ex mujer: “Dijo que no podía ser; que la casa era suya, que estaba pagando millones de pesos por una casa

tremenda y el colegio de sus hijos. Y que no recibía ningún cariño. Ningún respeto. Y él quería que lo respetaran”, recuerda Pizarro, quien en ese momento le pidió si podía dejar de despotricar por veinte minutos y escucharlo. Bonvallet respondió que sí y Pizarro lo llevó a la parcela de su familia, que estaba cerca. Cuando entraron, le cambió la cara.

“Se le pusieron los ojos llorosos al Bonva. Quedé para adentro. Como que revivió. Íbamos entrando y miraba como cabro chico. Despabiló y caminamos. Y eso que él caminaba apenas, porque no tenía fuerza. Era un palo”, recuerda.

Bonvallet dijo que tenían que volver ahí. Que comprarían un saco de dormir, una carpa y que traerían a Peñailillo, aunque fuera amarrado. Pizarro le habló sobre cambiar el foco.

—Pesca tu plata y olvídate de las cosas, de las personas. Preocúpate de ti. Déjate de trabajar y sacarte la cresta por las demás personas.

Bonvallet lo miró y según Pizarro dijo:

—Sabés que sí, JP. Es cierto.

En el auto, rumbo a Algarrobo, Bonvallet tomó un segundo aire. Dijo que se iba a poner un aro. Que había ferias artesanales y que le daba lo mismo que le dijeran viejo loco. También llamó a Daniela. Le pidió que le cancelara sus compromisos de las siguientes semanas.

“Voy a descansar una semana, me contó. Yo pensé que se iba a ir a Viña. No le pregunté dónde iba”, cuenta su hija.

Antes de las tres de la tarde llegaron a Algarrobo. Sin ningún dato de alojamiento, decidieron preguntar en el Winery Boutique Hotel. Se bajó y pidió precio. Cuando volvió, dijo:

—JP, esto es para mí. Me tengo que quedar acá. Esto es como un psiquiátrico en la playa a todo lujo.

El problema, dice Pizarro, era la plata. Costaba cerca de 150 mil pesos la noche. “Anda y dile a la señora que eres el Bonva”, le dijo Pizarro. Bonvallet fue y le hicieron un precio. Se lo dejaron en 100 mil.

Cuando terminaron de registrarse, bajaron a almorzar. Ahí siguieron conversando. Pizarro le dijo que te-

nía que acordarse de quién fue antes, del personaje del 98 y cuando se lo decía, parecía que Bonvallet sacaba pecho. Esa tarde se comió dos platos consecutivos: un congrio con papás cocidas y un caldillo. Ese apetito era una rareza. Cuando terminaron, caminaron de regreso al hotel. Pizarro dejó a Bonvallet en su pieza: había puesto una imagen de Jesús al lado de una biografía de Mohamed Ali. Quedaron en que lo pasaría a buscar el 20 de septiembre y se despidieron. A la salida, Pizarro pidió en la recepción que no lo molestaran. Que solo hicieran el aseo cuando Bonvallet quisiese. Y que, sobre todo, no se metieran a su pieza.

“
Vivir en un
hotel, con tres
quiebres a cuestras,
sin ver siempre
a sus hijos.
¿Es eso el éxito?”

”

Gabriel Bonvallet

Gustavo Boderó es cuñado de Miguel Nasur y el 10 de septiembre tenía que ir a Algarrobo a hacer unos arreglos en su casa de verano. Cerca de las 13:00 horas fue a almorzar a un patio de comidas donde está el restaurante Malasaña. Ahí estaba Bonvallet, tomando cerveza. Como eran los únicos en el comedor, terminaron conversando. Hablaron de fútbol, de la gente que conocían en común y de Miguel Nasur.

—Estoy aquí porque don Miguel me mandó a descansar; porque estoy muy agobiado —dijo Bonvallet.

—Se le nota en la cara —le contestó Boderó.

—Es que estoy muy cansado, tengo mucha pena.

—¿Por qué?

—Porque no puedo ver a mis hijos.

La conversación se extendió un par de horas. A la salida, le pidieron fotos. Después de sacárselas, preguntó por una botillería. Terminó en la Santa Rita, en la calle principal de Algarrobo. Ahí, la cajera recuerda que Bonvallet fue cuatro veces durante su estadía. Siempre pidió lo mismo: una botella de pisco Mistral Nobel con bebida dietética. También comentó una cosa: encontró caros los precios.

Al día siguiente, cuando debería haber estado en un compromiso en Ecuador que había cancelado, Bonvallet habló con Peñailillo. Le dijo que le dieron ganas de irse a vivir a Maitencillo. Y trabajar poco. No más de tres veces a la semana en Santiago. Era un deseo para el próximo año.

El sábado 12 se dejó ver tarde, en el pub La Regata, donde había karaoke. Llegó a las 00:30. Se sentó solo, al lado de la chimenea y pidió tres piscolas que pagó en efectivo. Su vista estaba fija en su celular. En un momento se aproximó al DJ y cantó “Puerto Montt”, de Los Iracundos. No quería que nadie interviniese, que nadie lo ayude. Su canto iba acompañado de baile, de un show. Después salió a fumar a la terraza. Habló con la actriz Paulette Sève, con su marido y con alguien del bar. Dijo, relata un testigo, “me tiene chato el fútbol”. Se fue a las 3:30, sin despedirse.

El domingo, Jean Pierre Bonvallet notó algo desesperado a su padre al teléfono. “Me transmitía y transmitía del dividendo. Me dejó loco. Habíamos acordado hace un tiempo tratar de hablar solo cosas positivas”. Más tarde fue a almorzar al restaurante Almuelle. Los garzones creen hoy que esa tarde se la pasó llorando; tenía los ojos vidriosos.

Así llamó a su hermana Lilian, en Santiago: “Me dice que estaba bien. Primero me cuenta que le había diagnosticado el médico una depresión severa y que le había dicho que se fuera a un lugar que le diera paz. Y ahí él la había encontrado. Yo dije, esto no es verdad. Imposible que el psiquiatra le haya dicho que se fuera solo y no acompañado. Fue una mala decisión tremenda irse solo a



Muchos amigos y familiares de Eduardo Bonvallet se sorprendieron con su fallecimiento. Sobre todo después de que hubiera superado un cáncer en 2011.

FERNANDO HERRERA

Algarrobo. Yo supe cuando se venía, nunca antes”.

El lunes le escribió al gerente de la radio. Le dijo que estaba listo para volver. Al día siguiente llegó una ambulancia a su hotel. Los vecinos vieron cómo lo retiraban en calzoncillos, tras caer en la piscina. Bonvallet se contactó con Daniela, su hija: “Me dijo: que son exagerados, yo me fui a nadar al agua, me tiré y de repente estaba todo el mundo como gritando. Yo le dije: pero obvio, papá. Si era invierno. ¿Quién se tira a una piscina? Pero él se sacó su ropa y se tiró a nadar”.

El 16 de septiembre, Bonvallet llegó a las siete de la tarde de vuelta al hotel Los Nogales, en Santiago. Volvió en taxi. Le escribió al radio-controlador por WhatsApp. “¿JP, está en la radio?”. “No, ¿qué pasó, compadre?” “No, nada, era para que conversáramos un rato”.

Pasó el terremoto solo. Se vio en el lobby rodeado de turistas. Llamó a la casa de su ex mujer para saber cómo estaban. No quiso hablar con ellos. “Yo esperaba que en algún momento cediera y volviésemos a conversar. No había pasado nada tan grave como para pensar en algo peor. Si me hubiese dicho cómo se sentía, yo me trago el orgullo y habría partido a verlo. Era el padre de mis hijos. Yo voy a tener que criar a tres niños sola”, dice su ex mujer.

Tras eso, Bonvallet le escribió a Alejandro Quiñe, el gerente de la

“
Sin la familia,
estás frito. Todo
este tiempo
estuvo solo, con
nosotros, pero solo.
Faltaba alguien
que lo empujara:
‘compadre, tómate
las pastillas’

”

Juan Pablo Pizarro

radio. Le preguntó si seguía en pie la celebración del día siguiente, de Fiestas Patrias. “Va, Eduardito”, le respondió. A la mañana siguiente, Bonvallet preguntó a Quiñe, también por escrito, si era obligación ir al evento. Le dijo que no. Bonvallet contó que casi no había dormido y que si se hacía el ánimo daría una vuelta más tarde.

Nunca bajó.

La celebración de la radio siguió en la casa de una productora. Ahí leyeron incrédulos lo que Bonvallet escribía en su Twitter:

20:25

Voy a poner algo en orden a 2 que no los

escucha nadie!

20:27

Una comunista y el otro se hace conocido conmigo.

20:27

Me los voy a gozar!!

20:30

Una la tengo cerca y el otro al lado!

20:31

Una es gorda y fea etc y al otro le dicen el chaleco!!

Eran ataques para Francisco Eguiluz y Beatriz Sánchez, sus compañeros, con los que no tenía ningún problema previo. Nadie entendía la lógica detrás. Quiñe lo llamó: “Me dice que lo estaban cag..., que ya sabía todo lo que pasaba. Le digo: ¿de qué estás hablando?, ¿quién te quiere hacer qué? Yo era muy de conciliar con él. Sé todo, decía, y se metió y se metió al tema y no salía de ahí, de la paranoia. No había explicaciones. Le dije que se quedara tranquilo, que habláramos el lunes”. Bonvallet le cortó.

La celebración siguió. Nadie ahí conocía en detalle los episodios de los días anteriores, ni el de su pieza ni el de la piscina. Se mencionó, muy por encima, la posibilidad de enviarlo al extranjero la siguiente semana, a Miami. Alguien mencionó: “Yo también estoy triste, jefe, mándeme a Miami”.

Quiñe le dijo a Juan Miguel Nasur, hijo de Miguel:

—¿No estará pasando en el hotel algo que no separamos?

La madrugada del 18 de septiembre, estuvo en el teléfono, en internet. Escribió más mensajes, borrados después. Por las colillas de cigarrillos se sabe que fumó muchos Marlboros. Por lo que vio la PDI en las cámaras de seguridad, nadie entró a la pieza esa madrugada. A las 5:00 am le escribió a Pizarro. Decía: “Lámame urgente”. Él no lo veía hasta cuatro horas más tarde.

En la mañana, un empleado del hotel lo vio merodeando los pisos superiores, cerca de los balcones. Se lo declaró a la policía.

A las 8 de la mañana se conectó a WhatsApp por última vez. Dejó cargando su teléfono en el baño. En

su billetera tenía un Kino. Nunca jugaba. En su agenda, donde anotaba actividades con meses de anticipación, solo tenía compromisos hasta el 30 de septiembre.

La PDI cree que escribió las nueve hojas que dejó de testimonio esa misma mañana; la prosa es inconexa, son pensamientos sueltos, con algunos deseos. A Jean Pierre le dejó el nombre de un gran enemigo. A Nasur le pidió que se ocupara de sus hijos. A Peñailillo, textual: “Cristián Peñailillo, gran amigo y leal”. Abajo agregó: “JP igual”.

A las 9:25, Pizarro respondió el mensaje que le había dejado. No tuvo respuesta.

Entre las 10:30 y las 11:15, Eduardo Bonvallet se ahorcó con un cinturón en la cocina. Por el tipo de maniobra, de baja altura, los peritos estimaron que de querer haberse detenido a la mitad, lo podría haber hecho.

A las 11:20 entró la mucama a hacer aseo. Estuvo varios minutos en el living, limpiando, antes de entrar en la cocina. En la mesa de centro había un vaso con alcohol medio servido. La próxima semana estarán los resultados del examen toxicológico de la autopsia. Minutos después, llegó el conserje. Luego, Carabineros.

Le avisaron a los familiares. Su hermano Gabriel llegó al hotel. “Él cambió muchas vidas y fue un hombre tremendamente exitoso; la gente lo escuchaba, ganó dinero, logró lo que se propuso, pero el vacío seguía ahí. Vivir en un hotel, con tres quiebres auestas, sin ver siempre a sus hijos. ¿Es eso el éxito? Estaba tremendamente solo”. Su hermana Lilian se acordó cuando eran niños: “Pensábamos que morir era parte de la vida, que nos podía llegar en cualquier momento. El papá nos retaba, nos decía que pensábamos demasiado en la muerte”.

Alguien le tomó una foto; aparece sobre el piso con buzo negro y un pelerón morado. Está boca arriba. Cuando lo giraron, las vieron: las marcas sobre las muñecas, contando una historia. Esas heridas ya estaban cicatrizando. S